



HERBÓN

Al E. de la Villa de Padrón, y á dos millas escasas, siguiendo la carretera que atravesará algún día aquella parte de la provincia de la Coruña, que lleva el nombre del río *Ulla* que la riega, se encuentra una aldeita donde comienza estrecho sendero festoneado de zarzamoras, rosales silvestres y madre selvas. Va la senda descendiendo suavemente, é internándose entre bosques que sombrean la base de altas lomas, hasta desembocar en el ángulo de una pared de mampostería, carcomida por la hiedra que abrió paso á sus gruesas raíces derribando la cal y los pedruscos. En la cara de este muro que da frente al camino, y á una elevación como de dos varas, existe una ornacina grande, con el arco pintado de varios colores, y pendiente de la clave, un mezquino farolillo, que, por las noches, suele encender la devoción de los aldeanos. A los pálidos reflejos de la lucecilla, medio se vislumbran los toscos perfiles de un grupo, en piedra esculpido, remedo piadoso de la

celeberrima obra de Miguel Angel, *La Pietá*. Por el día, preserva á la escultura, de los rayos solares, la chata y amplia copa de un pino, de los llamados en el país *mausos*, y vulgarmente denominados de "Italia."

A la conclusión del muro y en el fondo de un valle, se asienta el convento que guarda las cenizas de Juan Rodríguez del Padrón, ó de la Cámara. Es aquel, centenario edificio, de grave y melancólico aspecto, cual conviene á mística casa. La soledad que le rodea; la honda y hermosísima cañada por donde se desliza el sacro río, que á su paso besa blandamente los cimientos del apartado cenobio; la suave y fresca sombra de los bosques cercanos, formados de seculares álamos, robles, castaños, chopos, almendros y naranjos; el balsámico hálito que exhalan las rosas silvestres, los lirios, las violetas, las manzanillas que tapizan el suelo, y las madre selvas que abrazan amorosamente añosos troncos de árboles gigantescos: las humildes viviendas de los aldeanos, cubiertas de hiedra y sombreadas por los elegantes sarmientos de arcáica parra, y al otro lado del río las ruinas del castillo de "Castro-Valente," cuyas piedras, por el monte desperdigadas y cubiertas de sedoso liquen, semejan caprichosos estuches forrados de terciopelo verde, merecen la pluma de oro de Zorrilla para ser descritos.

Al otro lado del Ulla, frente á frente del monasterio, y sobre una planicie rodeada de azulados montes, se ven las ruinas de un castillo, que á mí se me antoja famoso, y que, según cuentan las crónicas, se derrumbó incendiado, á fines del siglo de los Reyes Católicos. Castillo y monasterio sirvieron de escenario á lo que voy á relatar. Para descargo de mi conciencia, debo advertir que no respondo de la veracidad del relato. (1)

*
* *

Por estrecha senda en el bosque abierta, tapizada de hojas hasta formar gruesa alfombra, camina un fraile franciscano, llevando á hombros unas alforjas pequeñas, de las que salen, meciéndose al compás, flexibles ramas de exóticos

(1) Esta relación, cuento ó leyenda, ó como quieran llamarle los lectores de la revista *Galicia*, fué escrita hace diez años, para formar parte de un libro—que publicaré algún día—y que llevará por título *Mentiras*.

árboles. Ligera y húmeda brisa agita los largos cabellos negros de aquel fraile de singular traza que, además de la cuidada barba, luce recias espuelas, sujetas á la bota del caballero y no á la sandalia del hijo de San Francisco. Avanzando pausadamente, registra el paisaje que se desarrolla á su frente, hasta que columbra entre las ya casi desnudas ramas del bosque, la torre del convento de Herbón, apenas dorada por la luz sin rayos del sol poniente de una tarde de Otoño. Hace alto en su marcha y, depositando al lado de un árbol las alforjas, queda absorto en muda contemplación ante la pequeña linterna de aquel campanario, allá lejos alzado como un faro entre brumas y escollos.

La tenue reverberación solar que lo ilumina desaparece y de faro conviértese en negro fantasma, el cual, como si evocase las sombras de la noche, lanza al espacio, una tras otra, pausadamente, con melancólica parsimonia, una misma nota modulada por garganta de bronce. Fuerte ráfaga de aire frío contesta gimiendo por entre las retorcidas ramas de los álamos y de los robles, y á su impulso despréndense, crugiendo, las últimas hojas que, cual grandes mariposas negras, en rápido zig-zag vuelan un instante, antes de confundirse para siempre en el obscuro montón que forman sus hermanas de ayer.

—La paz de Dios y de nuestro padre San Francisco sea con vosotros!—dice el caminante, al trasponer el umbral del claustro. Y la pesada puerta, girando con estridente chirrido, vuelve á cerrarse tras la sombra humana, que desaparece entre las tinieblas que envuelven el interior del convento.

*
* *

—Bajo vuestra mano—dice un joven vestido á la moda de los donceles del reinado de Juan II de Castilla—se ve como medran esas palmeras que habeis traído de Jerusalem y ese cedro del monte por donde corre el torrente Cedrón.

—Bajo la mano de Dios, que es el que dispensa la vida á todas las criaturas—contesta su interlocutor, fraile ya de edad madura, á juzgar de las canas que lucen entre su barba, un poco más cuidada de lo que acostumbraron los de la orden. Y alzando la vista de los tiernos arbolillos, y fijándola en su acompañante.

—Malas nuevas corren del Mariscal—dice lentamente, acentuando cada una de las palabras.

El doncel frunció el ceño, y, precipitadamente, como si le hiciese daño que el aire y las plantas, que les rodeaban, se hubiesen enterado de algo de gran importancia para él;

—Esas nuevas—contestó—las corren los enemigos del Mariscal, los traidores á su tierra, pasados con armas y bagajes al bando de los usurpadores. Pero, no los creais, padre. El Mariscal Pardo de Cela está dispuesto á defender nuestras libertades y á ayudar á la reina Juana, con gentes y dinero, á fin de que no nos impongan los castellanos á la hermana de su padre.

—Virtuosísima princesa—exclama el fraile con exaltación—la que ocupa el trono que dejó vacío Enrique.

—¡Muy virtuosa!—contesta el joven, inclinándose y haciendo una mueca—pero su virtud no ha llegado hasta respetar nuestras inmunidades y prerrogativas, como es legal y justo que las respetase. Y aun hace gala de obligar á nobles y vasallos y á gentes de todas condiciones á empuñar la pica y la espada, para recordarle esa virtud de que tanto la alabais, y que tan mal parada quedó en los Toros de Guisando, con el asesinato del Maestre de Calatrava y con el despojo de su sobrina.

—¡Callad! ¡callad, Jaime!—repone agitado el franciscano, mientras con una mano pretende tapar la boca al doncel y con la otra se apoya en el tronco de un ciprés.—Si dijeseis eso delante de un caballero, os costaría desenvainar esa hoja segoviana, para sostener vuestra calumnia.

—Calumnia? ¡Yo no he visto la calumnia todavía! ¿Dió su aquiescencia y su firma para deshonar á su hermano, suscribiendo un documento inicuo, inmoral, indecente?—rugía el joven.—¿No murió envenenado el gran maestre de Calatrava, cuando ya estaba cerca de la corte, donde debía casarse con Isabel? ¿No usurpó.....

—No prosigais: me parece que oigo á un loco—dijo el fraile—y tambaleándose, como si estuviese beodo, penetró en el convento. El joven, después de mirar largo rato al lugar por donde marchara su contrincante, se dirige al río, salta á una barca y atraviesa á la otra ribera, desapareciendo por el camino que conduce á Castro Valente.

*
* *

—No: no debe ser justa la causa de Isabel—murmuraba fray Juan el "poeta,"—como sus hermanos le designaban—recorriendo aceleradamente su celda, presa de agitación violenta.—No! Cuando así los nobles gallegos conspiran, y muchos castellanos, con Carrillo el primado á la cabeza, ayudan á D. Alfonso el Africano, reivindicando los derechos de la princesa doña Juana, y, primero Zamora y Toro ahora, caen en su poder, como antes Plasencia. ¡Isabel! ¡Isabel!—clamaba el fraile en su exaltación—¡huye! ¡huye! vuelve á cojer la rueca, como dice el arzobispo de Toledo, porque antes que tú es la hija de tu hermano.... Y fray Juan se enjugaba el sudor que le corría por la frente.

—Pero, yo deliro—proseguía el poeta.—La infanta Juana no es hija de Enrique de Castilla. Todo el mundo la señala con el dedo, y las cortes del reino también la rechazaron como fruto de un amor adúltero.... ¡No! la hija de Beltrán de la Cueva reinando, sería tanto como si se legalizasen la prostitución, el adulterio!.... Tu causa es justa, ¡Isabel! tu causa es justa. Junta á tus vasallos en apretado haz, y tiende á tus enemigos sobre el campo de batalla! Venga la afrenta de Aljubarrota y pon esposas á los ambiciosos que sostienen á la Beltraneja! Dios protegerá tus derechos! No puede abandonarte. Eres la hija....

¡Calla! ¡calla! conciencia dura y punzante como aguda espada ¡calla! Sí; ya sé que la madre de Isabel fué adúltera.... ¡Calla! por piedad! ¿No ves cómo hago penitencia y oración continuas?.... ¡No es bastante, dices! ¡Implacable! Pero tu no oyes á la razón que dice, que es mayor el escándalo de la Beltraneja, por lo mismo que no puede ser hija de un impotente! No; no interrumpas á la razón.... escucha.... Sí; gritas, puedes más diciéndome que son sofismas y que Isabel es mi....

¡Tú, que sabes, conciencia! Su madre, era la mujer de Juan II; y Juan II no era impotente.... ¡Tú que sabes!.... ¡Calla! Me dices, que Isabel nació cuando la reina era mi amante y á los cuatro años de estar casada con un hombre enfermo!....

¡Oyeme un instante! ¡Un momento tan sólo!.... La reina Juana fué veleidosa, hizo gala. ... Sí; también fué veleidosa la madre de Isabel. ¡Oh!.... ¡Aún me duele aquí, en el pecho, el golpe que recibí, cuando miré los claros ojos de Isabel, fríos, indiferentes para mí!.... ¡Qué dolor tan grande! ¡Qué herida tan grande aquella!.... Aún brota sangre....

¡Quise hablarle de nuestra hi..... ¡No!, verdad tan aguda como la conciencia. ¡No!..... No era de Isabel..... era de mi amor del que quería hablarle!.....

Y el fraile, rendido, anonadado por la fuerza del recuerdo, quedó inmóvil, sentado en el duro asiento de su celda, ocultando el rostro entre las manos.

*
* *

Pasaron aquellos días en los cuales, el portugués, ayudado por la deslealtad de muchos nobles y por la fe en la causa de la justicia de otros, había puesto en jaque el trono de Castilla. Pasaron sí, y tras la victoria, siguió la justicia, mejor dicho, la represalia, que cayó fuerte y nunca bien fustigada por la verdad histórica, sobre los magnates y el país gallego.

Después de tres años de lucha incesante entre los partidarios de doña Juana y de los Reyes Católicos, el señor de Castro Valente, con otros nobles, se retiraron á sus castillos, si derrotados, no vencidos. En el convento de Herbón silencio de tumba reinó, esperando á que el *Mariscal*, ayudado por el instintivo odio á la castellana, latente en el país, recabase la independencia de Galicia, ya que no pudiera colocar en el solio de Juan II la hija de Enrique IV, merced á la traición de los ambiciosos próceres de Castilla.

Y al cabo de algún tiempo, volvieron á agitarse en sorda conspiración aquellos señores que, como el nuestro de Castro-Valente, se habían retirado después de la derrota de Toro; y no fueron ciertamente los frailes de Herbón los agentes menos importantes de esta segunda intentona á que animaba con su larga y desesperada resistencia, Pardo de Cela. Partió, pues, el vecino de la casa franciscana á incorporarse á las tropas del Mariscal, deseoso de vengar la humillación sufrida ante los muros de Zamora.

*
* *

Resonaban en el coro las apagadas voces de los franciscanos. La hora extraordinaria de aquel rezo, murmurado

más que cantado; las oscilaciones de las luces de las lámparas, que apenas iluminaban la miedosa y lóbrega iglesia; el crujir de las vidrieras golpeándose con furia en los mampues; el silvido del viento que se filtraba por los intersticios de las puertas; el pavoroso mugir del bosque, azotado por el vendabal, todo daba al recinto sagrado aspecto solemne y lúgubre á la vez, algo así como presentimiento de una catástrofe que se cerniese sobre la casa de la oración y de la penitencia.

De repente, la vibrante esquila de la portería sonó allá fuera como agitada por nerviosa mano, y el rezo cesó. Levántarose del duro suelo los frailes y rápidamente desaparecieron del coro, cual si á ello los impulsara un resorte. No habían transcurrido algunos minutos cuando la silueta de un franciscano, atravesando la nave de la iglesia, fué á postrarse ante un crucifijo que alumbraban dos velas, y de sus labios salieron frases de agradecimiento llenas:—¡Gracias, Señor! ¡Gracias!—repetía en voz queda.—La virtud y la justicia han triunfado!! ¡Ahora, Dios mío, piedad para el vencido!

Y mientras el fraile aquel, el mismo que en la huerta sostuviera violento diálogo con el defensor de Pardo de Cela, seguía á los pies del Cristo, allá en la retirada biblioteca, la comunidad, con su prior á la cabeza, escuchaba silenciosa al mensajero que el señor de Castro-Valente había expedido de la ciudad de Mondoñedo, para dar cuenta á sus vecinos de la desastrosa jornada en que, á una, perecieron las libertades de Galicia y el *Mariscal*.

—Mi señor—seguía diciendo el emisario—viene tras de mí á grandes jornadas con las gentes que le restan, á guarecerse en su castillo.

—¡Ay!—clamó el anciano prior—el último dado se jugó ya y la suerte le fué adversa. No bastaron las humillaciones que hemos sufrido, viéndonos ultrajados y humillados por las imposiciones del castellano, al que prestamos ayuda con nuestra sangre y nuestros bienes. No bastaron las detenciones arbitrarias hechas á nuestros fueros y autonomía. No fué bastante que soportásemos el yugo de príncipes extraños, sinó qué, al defender nuestras libertades y al batallar por la causa de la justicia, personificada en la desventurada hija de Don Enrique, la traición debía venir todavía á hundirnos en el polvo, con nuestra fé y con nuestras esperanzas y con nuestros derechos.

Y el prior, trascurrido un instante de silencio, murmuró tembloroso:—De la misericordia de Dios hemos necesidad, para que la ira del vencedor se aplaque y no haga caer con violencia sus furöres sobre nosotros.

R. BALSÁ DE LA VEGA.

(Concluirá.)





HERBÓN (1)

(Conclusión)

EN la cuadrada cámara de honor del Castillo de Castro-Valente, se paseaba el viejo noble, las manos á la espalda, la canosa cabeza inclinada sobre el pecho, envuelto el membrudo cuerpo en grueso tabardo y deteniendo el lento paso de su caminata, para contestar con un monosílabo, ó con un encogimiento de hombros, al reverendo prior de Herbón, que, hundido en ancho y rudo sitial de castaño, groseramente esculpido, le hablaba, siguiéndole con la vista.

Lo que el reverendo decía debía preocupar grandemente á ambos interlocutores, porque, á pesar de la aparente indiferencia con que escuchaba el noble, hubo un momento en el cual, parado ante el fraile, exclamó:

—Poco me importa el desmoche de mis almenas y la tala de mis tierras. Si han creído que no volveré á empuñar la espada, se equivocan.

(1) Véase el número 11.

—No,—contesta el prior—no creo que expondréis vuestra vida de nuevo. Si fueseis segunda vez vencido, pagaríais con ella; y esta mansión la veríamos arrasada: la represalia entonces sería espantosa.

El noble, que había comenzado de nuevo su paseo, se encogió de hombros.

—¿Y Jaime?—preguntó su contrincante—¿qué sería de vuestro hijo?

—Tiene su espada y su apellido.... ó el claustro.

—Pero, ¿creéis que doña Juana pueda triunfar—insistió el prior—aún cuando le ayuden muchos como vos? Yo no lo creo. Yo estoy presintiendo que el rey de Portugal se dejará convencer, mejor que por la justicia, por la fuerza que representan Isabel y Fernando. ¿No habeis reparado que Dios ha vuelto la espalda á esta desventurada tierra? Os profetizo, que no son las últimas cabezas que por esta causa han rodado, las del *Mariscal* y de su hijo. Con ellas comenzó la venganza su misión; ¡que no concluya haciendo rodar la vuestra!

El viejo noble de Castro-Valente llenó de vino dos enormes copas y presentándole una al fraile:—No os cureis de mí—le dijo—la suerte está echada. Y apurando la copa de un tirón—á la salud de la reina Juana.—Y siguió paseando, mientras el buen prior apenas tocada la copa con los labios, la dejó sobre uno de los anchísimos brazos de su sitial.

Largo espacio de tiempo pasó, sin que turbase el silencio de aquel recinto mas ruido que el del aire azotando las maderas de las ventanales y el sordo rumor de los pasos del hidalgo. Los labios del octogenario prior se movían cual si murmurasen larga oración. Los ojos del que paseaba, siempre que este se volvía frente á una gran panoplia que en un testero de la sala destacaba con reflejos de luz fría, se posaban con cariño sobre enorme hacha allí pendiente. En una de las vueltas, el noble, dirigiéndose al prior, le preguntó:

—¿Y vuestro poeta, no os habla ya de la misericordia de la castellana?

—Reza, y escribe.

—¿Versos?

—Creo que no. Hace tiempo que se ocupa en el trabajo de cronista: está haciendo la crónica del reinado de don Juan.

—Debiera hacer la de la hija—apuntó sonriendo sarcás-

ticamente el noble—antes que unas cuantas hachas de armas, como esa que veis ahí colgada, hagan astillas su trono.

—No penseis así—dice con vehemencia el prior—quizá esté escrito por el altísimo que suframos para siempre yugo extraño.

Levantose trabajosamente el anciano fraile.—Sé que partireis muy en breve para la frontera portuguesa; y ya que así lo habeis resuelto, yo debo recordaros que en esa expedición os va la vida y la felicidad de vuestro hijo; pero también, que luchais por la causa de la justicia. No flaqueéis. Dios y nuestro padre San Francisco os acompañen, como os acompañarán mis humildes oraciones.

Y esto dicho, desapareció tras el dintel y tosiendo, tosiendo y arrastrando los pies, traspuso la muralla del castillo en dirección del río.

Sobre humildísimo catafalco cubierto de negros paños y rodeado por seis blandones, yace el señor de Castro-Valente. El prior, vestida la casulla de luto, apenas puede officiar, sostenido por dos frailes, uno de los cuales es Fray Juan "el poeta." Cuando, concluida la misa de *Requiem*, se dirige el decrépito officiante hacia el túmulo donde descansa su amigo en brazos de la compasiva muerte, y le ofrecen el hisopo para lanzar el asperges de ritual, el prior vacila y doblando las rodillas cayera exánime sobre las losas de la iglesia, si no hubiera sido socorrido á tiempo por los que le rodeaban. La fúnebre ceremonia se suspende y el anciano, trasladado á su celda, ya no puede hablar.

Mientras le asisten varios religiosos en los instantes que le restan de vida y allá arriba lanza el último aliento el prior, abajo, en la iglesia, termina precipitadamente la ceremonia en honor del hidalgo de Castro-Valente. Llega el momento solemne de darle sepultura en el claustro, y envolviendo el cadáver en el paño del túmulo, cuatro frailes le suspenden en alto y se dirigen al lugar donde la ancha fosa espera abierta, la presa que para ella hiciera la muerte. Al depositar el cuerpo del noble en tierra, un grito de terror se escapa de todas las gargantas. La cabeza del cadáver, deslizándose por uno de los ángulos del improvisado féretro, va rodando á chocar con los pies del poeta. Fijos llenos de espanto los

ojos en aquella testa separada del tronco por el hacha del verdugo, Fray Juan cree leer en las abiertas y dilatadas pupilas, que le miran fijamente, y en la horrible mueca de aquellos labios violáceos y exangües, una maldición, un reproche espantoso, lanzado de ultratumba sobre su persona, como si conociendo el secreto que le roe incansable el alma, y no habiendo tenido tiempo en vida, quisiera el de Castro-Valente, antes de desaparecer bajo la tierra de la fosa, arrojarle al rostro la responsabilidad de una guerra fratricida, cuyas últimas víctimas eran él y su hijo Jaime, muerto en la defensa de su castillo, incendiado por las tropas de Isabel la Católica.

Pero el cadáver quedó al fin sepultado; y aun cuando la tierra arrojada á grandes paletadas sobre el muerto, alzaba más de medio pie, el poeta seguía con frenesí la tarea de amontonar tierra, mucha tierra. Y allí quedó sólo con su empeño, mientras los otros frailes acudían á rodear el lecho donde agonizaba el prior. La esquila dobló al cabo. Entre largas filas de cirios, fué conducido á la iglesia el cuerpo muerto del abad y ocupó el mismo lugar y fué depositado sobre el mismo catafalco que por la mañana ocupara el noble.

¿Y el poeta? En su celda, delirante, presa de intensa fiebre, extendiendo los brazos hacia imaginario enemigo, lanza agudos gritos de espanto. Ya, dejándose caer anonadado, cierra violentamente los ojos como si no quisiera ver más el objeto de sus iras; ya, balbuciendo frases entrecortadas, sonríe amargamente, mientras con las calenturientas manos en vano busca algo que no existe sinó en su imaginación enferma.

La comunidad escucha frases amorosas, imprecaciones, versos extraños, impregnados de acentuado sabor mundano, que á borbotones exhaladas entre gemidos y lágrimas, se escapan de los labios de Fray Juan. Los religiosos están llenos de asombro; miran con estupor al enfermo, tratando de buscar cierta solución de continuidad entre lo que el enfermo dice y lo que digera en voz baja el rumor público, á poco de ingresar el poeta en el convento. ¿Qué Isabel sería aquélla, que el delirante así reprocha como llama en sus momentos de exaltación?

Lucida cabalgata llega al patio del convento. La comunidad, con su nuevo prior á la cabeza, se inclina humildemente ante Isabel y Fernando que, bajo el palio, rodeados de los más esclarecidos varones de la Corte y seguidos de la comunidad en pleno, penetran en la iglesia, donde resuena el órgano acompañado de las voces de los cantores que entonan el *Te Deum*. Concluida la ceremonia, hecha la presentación de los frailes, Isabel la Católica, dirigiéndose al prior, le pregunta si era alguno de aquellos religiosos el famoso autor de "La defensa de las donas." El abad le pide mil perdones por no presentarle al poeta que, convaleciente de aguda enfermedad, no puede abandonar su celda.

—Conducidme hasta ella—manda la soberana.—Aun cuando vuestra regla os prohíba que pisen el interior de esta morada, las mujeres, este es un caso excepcional. Tengo necesidad de hablar á Fray Juan, para bien de la patria.

—Más que como servidor fiel, me os recomendó mi madre como amigo, en cuyo talento y cariño debo fiar. Partireis, pues, á Portugal y apagareis los últimos chispazos de esta guerra que vuestros paisanos sostuvieron, ayudados por mi tío el *Africano*. Juana, ya no pretende reinar en Castilla; pero es preciso que no quede un sólo motivo para que nuevos ambiciosos levanten el pendón de la guerra, ahora que necesita de la paz la patria toda. El cielo os dé pronto la salud que necesitáis.—¡Adios padre mío!—dice Isabel, besando el cordón que ciñe el sayal del poeta.—Y seguida de Fernando, traspone el umbral de aquella celda.

El poeta, de pie, con las pupilas dilatadas, mira cerrarse la puerta de la estancia, sin darse cuenta de lo que á su alrededor pasara. El clamoreo de las gentes que siguen á la regia comitiva, le arranca de aquel estado y entonces principia á darse cuenta de la entrevista. Sostenido todavía por la fiebre, que aumentara la vista de la Reina Católica, da algunos pasos por la estrecha habitación, el semblante demudado, corriéndole por la espaciosa frente copioso sudor frío; primero vacilando, después agitadamente, hasta que, rendido, cae en la ancha silla de cuero que con otras dos forman el ajuar de su celda. Allí sentado, oprime con nerviosa fuerza la cabeza, y sus labios que abrasan, del color de la grana, se contraen. La respiración fatigosa llega hasta producir un silvido extraño. Como impulsado por un resorte de acero, apoya el fraile las descarnadas manos sobre los

brazos del sillón y echa atrás la cabeza, morado el rostro por la creciente asfixia que con ruidoso estertor le ahoga. El color del rostro va tornándose violáceo y los ojos inyectados, saltándole de las órbitas, se fijan pertinaces en la puerta. Da un grito, un silvido más bien, y queda rígido en su asiento. Había muerto.



Decrépito al presente, el convento de Herbón, á duras penas se mantiene enhiesto, pese á las restauraciones con que pretenden devolverle la vida que el tiempo le arrancó. En vano la paletada de yeso como el martillazo del carpintero, tratan de reparar en sus muros los estragos que los siglos y los hombres le causaron. Vivirá galvanizado, no fuerte y con vida propia, porque, cada golpe que el carpintero aseste en las vetustas trabazones, atarazadas por la polilla en mil partes, abrirá más anchas heridas en otros sitios y su ruina será inminente. Cranco de piedra y cal, dentro del que tantas ideas y acontecimientos se desarrollaron, hace muchos años que sólo espera un ligero estremecimiento de la tierra que le sustenta, para volver á ella de la que fué formado.

R. Balsa de la Vega.

1884—Madrid—Padrón.

